

EDMUNDO CONCHA

## JORGE LUIS BORGES O LA LITERATURA PARA MINORIAS

---

NO TODOS LOS AUTORES aspiran a escribir para el gran público y se entusiasman con la característica de los clásicos: ser leídos con igual complacencia por doctos y profanos. Hay también escritores que, acaso con mayor orgullo, se conforman con menos: ser leídos con agrado únicamente por sus colegas o por aquellos lectores de desarrollada educación literaria.

En Argentina, escritor de esta laya es Jorge Luis Borges. Nacido el 24 de agosto de 1899, el mismo ha confesado: "Durante muchos años yo creí haberme criado en un suburbio de Buenos Aires, un suburbio de calles aventuradas y de ocasos visibles. Lo cierto es que me crié en un jardín, detrás de un largo muro y en una biblioteca de ilimitados libros ingleses". Hay que agregar: Borges vivió varios años en Europa, cursó su bachillerato en Suiza, a fines de la Primera Guerra Mundial, en España adhirió al Ultraísmo y hoy, célibe impenitente, ejerce en Buenos Aires el puesto de Director Nacional de Bibliotecas.

Este inicial apego suyo a los libros no ha disminuído en ninguna estación de su vida. Se trata así de un hombre superintelectualizado que ha gastado sus días menos en vivir que en leer. Difícilmente, y en cualquier otra época, se haya dado el caso de un escritor más leal con su propia vocación. Por fortuna, los resultados de ese fervor no han sido estériles para las letras argentinas que, con Jorge Luis Borges, tienen un nombre que exhibir en los escaparates de la literatura universal. Las obras suyas, escritas a lo largo de 35 años, suman hoy 28 títulos repartidos entre la poesía, el cuento fantástico y la crítica.

En todas esas creaciones se advierte como denominador común el sabor libresco del autor, el sello de su sobreentrenamiento intelectual, sus alusiones a títulos generalmente inencontrables, e incluso sus citas de citas. Está a la

vista que Borges no ha cogido sus temas directamente de la vida, sino de las páginas de otros autores o de su fértil imaginación. Su obra es literatura de reflejos, propia de quien ha leído en forma maquiavélica durante toda su vida. Su erudición en literaturas extrañas, en estética, en idiomas, excede con mucho la cuota de conocimientos manejada por los profesionales de esas disciplinas. Entre sus obras principales, algunas traducidas, cabe citar "Luna de Enfrente", "La Muerte y la Brújula", "Inquisiciones" e "Historia Universal de la Infamia".

Pese a esa gran sapiencia, no obstante tal cúmulo de conocimientos, Jorge Luis Borges no es de los que se desahogan —o desquitan— publicando mamotretos. Escéptico, y consciente de la responsabilidad de echar un nuevo volumen a la circulación, ha dicho: "Desvarío laborioso y empobrecedor el de componer vastos libros; el de explayar en quinientas páginas una idea cuya perfecta exposición oral cabe en pocos minutos. Mejor procedimiento es simular que esos libros ya existen y ofrecer un resumen, un comentario".

Los libros de Borges, de por sí poco accesibles al común de la gente, constituyen verdaderos banquetes espirituales para los lectores cultivados. No tanto por lo que Borges dice —con ser siempre novedoso e interesante— sino por la forma en que lo dice. En la literatura de estas latitudes, pocos autores superan a Borges en la mejor rehuída del lugar común. Aun tratando los temas más vulgares, como el tango, sabe él expresarse de una manera inusual y elocuente sin caer en la afectación.

Porque Borges, antes que nada, antes que un productor de ideas o un indicador de rumbos, es un estilista que ha llevado la retórica a insospechados rendimientos; un escritor que no sólo domina a su amaño el idioma sino que —y eso es lo fundamental— tiene un modo personal e inconfundible de expresarse, no parecido al de ningún otro escritor. Este estilo suyo ha trascendido, al extremo de que el *borgismo* se le ha pegado, por supuesto que de manera adventicia, a más de una generación de escritores no sólo de Argentina. Hay evidentemente una retórica *borgeana*. ¿Cómo es? ¿Objetiva, concisa e intelectualizada? Al revés de muchos escritores, Borges prefiere no emplear en el papel los giros idiomáticos corrientes, preferencia que fundamenta así: "Desplazar el lenguaje cotidiano hacia la literatura es un error. Sabido es que en la conversación hilvanamos de cualquier modo los vocablos y distribuimos los guarismos verbales con generosa vaguedad. Ni la escritura apresurada y jadeante de algunas percepciones, ni los jironcillos autobiográficos arrancados a la totalidad de los estados de conciencia y malamente copiados, merecen ser poesía",

Borges es escéptico por naturaleza y como tal está imposibilitado para emocionarse ingenuamente ante los valores convencionales. Maestro en el arte de descreer sin hacer escenas, maneja la ironía en las formas más finas y subcutáneas. Véase la siguiente muestra: "En 1517 el P. Bartolomé de las Casas tuvo mucha lástima de los indios que se extenuaban en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas, y propuso al emperador Carlos V la importación de negros que se extenuaran en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas. A esa curiosa variación de un filántropo debemos infinitos hechos: los *blues* de Handy, el éxito logrado en París por el doctor pintor oriental D. Pedro Figari, la buena prosa cimarrona del también oriental D. Vicente Rossi, el tamaño mitológico de Abraham Lincoln, los tres mil trescientos millones gastados en pensiones militares, la estatua del imaginario Falucho, y la admisión del verbo *linchar* en la décimotercera edición del Diccionario de la Academia". Como se ve, Borges no tiene ningún inconveniente en referirse incluso a algunos momentos estelares de la Humanidad con el mismísimo tono burocrático en que se hace un inventario notarial de pequeños haberes.

Los cuentos de Borges están contruidos con tres elementos principales: el tiempo, el sueño y la sorpresa. Hay que internarse en esos ambientes, un poco kálfianos, para saber cuántas zonas desconocidas se pueden hacer florecer con los recursos de la imaginación. No de la imaginación a locas, desde luego, sino de la imaginación asentada en la experiencia de todos los días, y dentro de una lógica que por lo rigurosa recuerda la de las matemáticas o la del ajedrez. Por tales vías los cuentos de Borges, verdaderos "sueños de la razón", son de una originalidad sin duplicado en las letras castellanas. Con un gran poder de síntesis, sin ningún relleno baladí, y en un tono en apariencia indiferente, expone casos humanos, históricos o inventados, que desconciertan y agotan la capacidad de admiración del lector. Este, ya dentro de esos cuentos, suele sentirse como metido de repente en un laberinto lleno de espejos que le devuelven simultáneamente su propia imagen, exacta o distorsionada, desde infinitos ángulos. Se trata de un mundo misceláneo donde cuesta discernir en qué parte termina el sueño y empieza la diurna realidad. Otros rasgo: ninguno de estos relatos cae en la vulgaridad de rematar en parábola. No, en ellos no hay moralina por ningún costado. Sólo hay hermosos efectos imprevistos manejados hábilmente por un verdadero demiurgo de las letras.

Dijérase que para compensar la pobreza vital de su vida, la literatura de Borges es rica en contrastes y en violencias. Narra asesinatos, heroísmos,

venganzas de marca mayor. Someramente recontemos la anécdota central de algunos de ellos: Un hombre, después de confidenciar una infinidad de vicios y de bajezas de otro, termina aclarando que ese otro, el denigrado, es él mismo; otro tipo, escondido en un hotel de villorrio, sueña todas las noches que los cómplices a los cuales ha traicionado vienen a matarlo a mansalva, y cuando de veras esto sucede, cree que está soñando otra vez y les da la espalda; un tercero, después de soñar que estuvo en el Paraíso y que allá un ángel le obsequió una rosa, al despertarse en la mañana siguiente descubre que tiene realmente esa rosa en la mano; etc.

La poesía de Borges, muy trabajada, peca un poco de cerebral. Con todo, es innegable la originalidad de las asociaciones, la seguridad de su ritmo, la forma certera en que apunta a lo esencial de los temas elegidos. Estos temas, en vez de ser exóticos como en sus cuentos, son locales y casi domésticos: una calle, una arboleda, un patio. Modernista sin ser obscura, y sentimental sin orillar la sensiblería, la poesía de Borges ofrece de una manera depurada la belleza oculta u ostensible que hay en el mundo circundante.

Su crítica es aguda y sintética. Nada de hacer largas y minuciosas disquisiciones sobre éste o aquel libro. Borges da por sabido todo lo elemental y ofrece sólo una visión de los puntos claves. Su intención y sus resultados son siempre esteticistas, es decir, están orientados a descubrir la belleza, la fealdad, o sus estados intermedios, con prescindencia total de cualquier otro interés más o menos utilitario. Seguramente por esto, por ser tan devoto del arte por el arte, haya sido repetidas veces acusado por esos infaltables jóvenes, que confunden de buena fe la literatura con la barricada o con la tribuna, de literato decadente y preocupado nada más que de la delectación de las palabras.

La hechura acusadamente europea de Borges, y su correspondiente refinamiento intelectual, no le han impedido preocuparse debidamente de los valores autóctonos. En muchos libros suyos, y desde los títulos —“Fervor de Buenos Aires”, se rotula el primero, publicado en 1923— está presente también la preocupación nacionalista. Su nacionalismo, sí, hecho de sutiles símbolos, nada tiene que ver con la brocha gorda del folklore ni del patrioterismo sensiblero de otros. Jorge Luis Borges, frente a la convencional disyuntiva nacionalismo-universalidad, ha acuñado conceptos que no requieren revisión: “Debemos pensar que nuestro patrimonio es el universo; debemos ensayar todos los temas, no debemos concretarnos a lo argentino para ser argentinos; porque o ser argentinos es una fatalidad, y en ese caso lo seremos de cualquier modo, o ser argentino será una mera afectación, una máscara”.